

Capítulo cuarto

La geopolítica de Oriente Medio: alianzas cambiantes e inestabilidad en una región desestructurada

Haizam Amirah Fernández
Bichara Khader

Introducción

Casi un siglo después del fin de la dominación otomana en Oriente Medio y el Magreb, y tras varias décadas de independencia tras el fin del colonialismo europeo, la región árabe está lejos de ser pacífica, integrada, próspera y democrática. Peor aún, después de los acontecimientos decisivos que comenzaron en 2011, conocidos como *despertar árabe* o *primavera árabe*, un número creciente de Estados son inestables o simplemente están en ruinas, y el antiguo *orden* político árabe se está derrumbando mientras el nuevo paisaje geopolítico se ve empañado por un cambio caótico de alianzas, guerras por delegación y violencia sectaria.

Desde 1945 hasta principios de este siglo, en Oriente Medio existió una especie de *sistema regional árabe*. Sin embargo, las dos últimas décadas han visto una *región árabe sin sistema* en la que otros actores, tanto estatales como no estatales, están ocupando parte del vacío dejado por el debilitado sistema de poder de los Estados. La mayoría de los ciudadanos árabes de Oriente Medio (región conocida como el Mashreq) viven en países que bien están sumidos en conflictos armados, están sometidos a regímenes autoritarios robustecidos o están bajo ocupación militar.

A principios de 2022, Siria es un país arrasado por múltiples guerras superpuestas que duran más de una década. Las políticas sectarias y la corrupción están provocando fallos sistémicos en Irak y Líbano, país este último que ha entrado en un colapso económico, político y social de dimensiones desmesuradas. Egipto ha vuelto a un régimen autoritario más *feroz* que ninguno de sus predecesores. Jordania se enfrenta a un contexto socioeconómico de elevada fragilidad, mientras hace frente a sucesivas oleadas de refugiados con escasos recursos financieros y naturales, como ocurre en Líbano. Las perspectivas de paz entre palestinos e israelíes son más ilusivas que nunca en las tres últimas décadas. Arabia Saudí lleva siete años empantanado en una guerra con los rebeldes Huthi en Yemen, país que, según la ONU, vive la mayor crisis humanitaria desde el final de la Segunda Guerra Mundial. El Consejo de Cooperación del Golfo ha estado al borde de la ruptura por las fracturas internas provocadas por el bloqueo a Qatar por parte de otros Estados del Golfo encabezados por Emiratos Árabes Unidos y Arabia Saudí (2017-2021).

En un panorama geopolítico regional tan sombrío, no es de extrañar que países no árabes como Israel, Irán y Turquía estén ganando terreno, peso e influencia, dando un vuelco a todo el equilibrio de poder en la región. Este nuevo escenario está generando alianzas inéditas con alineamientos geopolíticos impensables durante décadas como los llamados *Acuerdos de Abraham* firmados en 2020 entre Israel y cuatro países árabes (Emiratos Árabes Unidos, Bahréin, Sudán y Marruecos).

Por su parte, otros actores internacionales como China y Rusia han entrado en Oriente Medio con fuerza por la vía económica (en el caso chino) y militar (en el ruso), ofreciéndose a los diversos regímenes de la región como aliados alternativos fiables e incluso como protectores, ante la percepción de una retirada de Estados Unidos y una irrelevancia geopolítica de la Unión Europea (UE). Este cambio de percepciones puede volver a alterarse tras la contundente reacción occidental a la invasión rusa de Ucrania en febrero de 2022.

De las independencias a la *destrucción creativa* (1945-2010)

El sistema regional de Oriente Medio: un escenario de influencia externa (1945-1970)

Para entender la evolución de la situación regional en Oriente Medio, hay que remontarse a la formación histórica y las características del

llamado sistema subregional árabe desde la creación de la Liga de los Estados Árabes en 1945. Dos conceptos son clave para entender sus características: el concepto de penetración (es un subsistema altamente penetrado) y el de polarización (está polarizado).

La penetración de las regiones árabes del Mashreq y el Magreb se remonta al periodo colonial. Los Estados europeos del siglo XIX y principios del XX fragmentaron la región en una serie de Estados relativamente débiles y, con frecuencia, artificiales, bajo diversas denominaciones: colonias, protectorados y mandatos. Estos Estados débiles buscaban patrocinadores externos para su propia seguridad y, a menudo, estaban enfrentados entre sí. Tras la Segunda Guerra Mundial, el orden de Oriente Medio se definió por la interacción de fuerzas en conflicto, tanto internas como externas: repúblicas frente a monarquías, regímenes *progresistas* frente a conservadores, rentistas frente a no rentistas, proestadounidenses frente a prosoviéticos, etc. La Guerra Fría transformó a Oriente Medio en un escenario en el que cada superpotencia trataba de aumentar su influencia en un juego de suma cero.

La polarización de los países árabes ha permitido una mayor penetración del subsistema regional por parte de actores externos. Esto no significa que los Estados árabes solo hayan sido peones en el tablero de ajedrez donde los jugadores eran Occidente y la Unión Soviética. Al contrario, los Estados árabes han interactuado constantemente con fuerzas y actores externos para maximizar sus intereses. Una cierta autonomía de las dinámicas locales iba de la mano de una mayor competición entre los actores externos. Sin embargo, desde 1945 —e incluso antes de la Primera Guerra Mundial— los países árabes han seguido siendo un teatro de injerencias externas.

El caso de Oriente Medio es elocuente: fue moldeado por el secreto Acuerdo de Sykes-Picot (1916), la Declaración Balfour (1917), el sistema de mandatos (1922), el fin del Califato otomano (1924) y, posteriormente, por la creación del Estado de Israel (1948), la revolución egipcia (1952) y la crisis de Suez (1956). La evolución de Oriente Medio ha estado muy influenciada por las potencias externas (las europeas hasta 1956) y, desde entonces hasta el final de la Guerra Fría, por las dos superpotencias, cada una de las cuales intentaba hacerse con el control de una región dotada de tres engorrosos atributos: la geografía (en la encrucijada de tres continentes), la geología (con enormes reservas de petróleo y gas) y la geoteología (como cuna del monoteísmo y de civilizaciones).

La competición entre las potencias externas polarizó aún más los componentes del sistema subregional árabe. Sus regímenes se enzarzaron en una feroz pugna entre ellos. El periodo que va desde 1952 hasta la muerte del líder nacionalista egipcio Gamal Abdel Naser en 1970 estuvo marcado por un vibrante nacionalismo árabe antiimperialista. Pero la consigna panarabista no fue respaldada por todos los países árabes. Así lo atestigua lo que se conoció como la *guerra fría árabe*, que enfrentaba al campo nacionalista árabe, encabezado por Egipto y supuestamente progresista, socialista, popular y prosoviético, y a las monarquías árabes, reunidas en torno a Arabia Saudí y a menudo calificadas por los nacionalistas de atrasadas e incluso de *títeres de Estados Unidos*. Después de 1962, el *orden de Naser* en el mundo árabe se agotó con la disolución de la unidad sirio-egipcia. Pero fue la guerra de los Seis Días de 1967 la que asestó el golpe de gracia al movimiento panarabista. La repentina muerte de Naser en 1970 fue el último clavo en el ataúd del panarabismo. Los vientos de cambio soplaban a favor del *orden conservador prooccidental*.

El sistema regional árabe: del orden de Naser a un sistema
petrodolarizado (1970-1989)

La guerra de Yom Kipur —o guerra de Octubre— de 1973 representó el resurgimiento de una nueva orientación centrada en el Estado. El Estado árabe comenzó a adquirir preeminencia sobre la *ideología panárabe*. Tal desarrollo se demuestra claramente en el Acuerdo de Paz separado entre Egipto e Israel (1979), en total ruptura de la llamada solidaridad entre árabes. La *deserción de Egipto*, que durante mucho tiempo fue visto como el *corazón* del mundo árabe, condujo a su exclusión de la Liga de los Estados Árabes en 1979 y, posteriormente, en 1981, al asesinato del presidente que firmó ese acuerdo, Anwar al-Sadat.

Este segundo periodo, que se extiende desde 1970 hasta la desaparición de la Unión Soviética, estuvo marcado por una importante dinámica estatal, regional y social. La revolución iraní de 1979 cambió las cartas en Oriente Medio. La asertividad de la República Islámica se percibió como una amenaza real para los intereses de Irak, de los países árabes del Golfo y de Occidente. El régimen de Saddam Husein temía el expansionismo iraní. Los Estados del Golfo, y principalmente Arabia Saudí, descubrieron su alto grado de vulnerabilidad. Estados Unidos se sintió superado por una desafiante República Islámica en una región en la

que tenía enormes intereses. No es de extrañar, por tanto, que Estados Unidos y los Estados del Golfo decidieran ponerse del lado de Saddam Husein en su guerra contra la República Islámica de Irán, proporcionándole armas, dinero y apoyo diplomático.

Los anteriores acontecimientos trascendentales fueron casi concomitantes con un periodo marcado por dos crisis del petróleo en 1973 y 1979, que permitieron a los países árabes exportadores de petróleo amasar una enorme riqueza. Los Estados del Golfo y, en particular Arabia Saudí, que estaban a la defensiva durante la época de Naser, surgieron como actores importantes tanto a nivel regional como internacional.

La guerra entre Irak e Irán (1980-1989) no tuvo por objeto defender a los árabes suníes de su *enemigo* persa chií: se trataba de un juego de poder regional, principalmente la defensa de Irak, la seguridad de los Estados árabes del Golfo y el mantenimiento del orden regional existente. De hecho, la guerra entre Irak e Irán produjo tres efectos secundarios: en el lado positivo, impulsó la creación del Consejo de Cooperación del Golfo en 1981 y la reintegración de Egipto en el sistema árabe en 1989, y en el lado negativo provocó la *deserción de Siria*, que decidió aliarse con un país no árabe (Irán) en su guerra contra un país árabe (Irak). El alineamiento del presidente sirio Hafez al-Asad con la República Islámica de Jomeini fue un indicio más de la desintegración del sistema subregional árabe.

Arabia Saudí consideró la guerra entre Irak e Irán como una oportunidad estratégica, ya que supuso la destrucción mutua de sus contendientes regionales. La construcción de un orden conservador, prooccidental y basado en el petróleo fue claramente el lema del periodo. Riad se convirtió en proveedor de fondos a los Estados árabes *moderados* de su agrado y también a los movimientos islamistas ultraconservadores que surgieron sobre las ruinas del antiguo orden panarabista secular.

Del sistema regional petrodolarizado a una región sin sistema
(1989-2000)

Para los árabes, el año 1989 fue un *annus mirabilis*. Marcó el final de la guerra civil libanesa, el regreso de Egipto al redil, la creación de dos organizaciones regionales: la Unión del Magreb Árabe (Argelia, Libia, Marruecos, Mauritania y Túnez) y el Consejo de Cooperación Árabe (Egipto, Irak, Jordania y Yemen del Norte)

y el relanzamiento del diálogo euro-árabe. Las diferencias se archivaron provisionalmente y las tensiones se apaciguaron. Para Occidente, el año 1989 también representó un momento trascendental. La caída del Muro de Berlín y el fin de la Guerra Fría fueron una *sorpresa divina*. Estados Unidos ganó la batalla ideológica sin tener que librar una guerra. El estado de ánimo general era optimista. Francis Fukuyama soñaba con un *fin de la historia*, mientras Samuel Huntington advertía de un inminente *choque de civilizaciones* y otros forjaban las nociones de *hegemonía benévola estadounidense* y de Estados Unidos como *la nación indispensable*.

Pero la euforia no duró mucho. El 2 de agosto de 1990 el ejército iraquí invadió el emirato de Kuwait, desencadenando la segunda guerra del Golfo que condujo a la liberación de Kuwait a principios de 1991. La ocupación de un miembro de la Liga de los Estados Árabes por parte de otro fue la gota que colmó el vaso. No solo los países árabes se dividieron entre los que apoyaban la *opción militar*, como Arabia Saudí, y los que estaban a favor de una *mediación diplomática*, como Jordania y la Organización para la Liberación de Palestina, sino que, esta vez, el desarrollo de los dramáticos acontecimientos erosionó la solidaridad panarabista a nivel popular. Tras su liberación, Kuwait expulsó a unos 300.000 expatriados palestinos y jordanos con el pretexto de que habían apoyado la invasión iraquí. La operación Tormenta del Desierto salvó a Kuwait y debilitó el régimen de Saddam Husein. El único país árabe que tenía una alta capacidad financiera y militar fue aplastado: ya no era rival para Israel ni para Irán.

Aunque Irán estaba agotado tras su guerra contra Irak en los años 80, la balanza del poder regional se inclinó a favor de Irán en los años 90. Irak fue sometido a un embargo y su comunidad chií, que constituye la mayoría de la población, se hizo más vocal pidiendo una mayor participación y más igualdad. La alianza de Siria con Irán se consolidó, y el grupo chií libanés Hezbolá se sintió envalentonado y más asertivo.

En esta coyuntura tuvo lugar en Madrid en 1991 la primera Conferencia de Paz para Oriente Medio, en un intento de encontrar una solución a los conflictos israelo-árabes. Luego vinieron los acuerdos de Oslo (1993 y 1995) que debían allanar el camino para la creación de un Estado palestino. Estos acontecimientos llevaron a la UE a ampliar su asociación mediterránea, inicialmente limitada a los cinco Estados del Magreb, para incluir a otros países de Oriente Medio, incluidos Israel y la Autoridad Palestina.

Esto se materializó con la creación de la Asociación Euromediterránea en la Conferencia de Barcelona de 1995. La medida se basaba en la suposición de que las negociaciones de paz, tras los acuerdos de Oslo, se desarrollarían sin problemas hasta llegar a un final feliz y que la UE debería apoyarlas invitando a palestinos e israelíes a formar parte de sus políticas mediterráneas. Conocemos, a posteriori, la falacia de tal suposición.

La década de los estragos: *la destrucción creativa* de una región
(2000-2010)

El comienzo del siglo XXI no auguraba nada bueno para Oriente Medio. El potencial de Irak fue dilapidado por su guerra contra Irán y su catastrófica ocupación de Kuwait, siendo sometido el país a un severo embargo. Egipto luchaba contra sus tradicionales lacras económicas y políticas, mientras crecía la brecha entre su autoimagen como líder regional y su poder real para influir en los acontecimientos de la región. Siria estaba perdiendo influencia con la muerte de Hafez al-Asad en 2000, mientras se enredaba en el atolladero libanés. Los Estados árabes del Golfo, a pesar de su riqueza y de sus florecientes economías impulsadas por los hidrocarburos, se esforzaban por ofrecer un modelo alternativo que resultara atractivo para las poblaciones árabes. El resultado de todo esto fue un desorden y una fragmentación regional en Oriente Medio, caracterizados por la competencia entre los Estados.

En este contexto de desorden y desconcierto regional se produjeron los atentados terroristas del 11 de septiembre de 2001 en suelo estadounidense. Esos atentados desencadenaron la llamada *guerra global contra el terrorismo*, con la invasión de Afganistán en 2001 primero y, más tarde, la invasión de Irak en 2003. Esta segunda ocupación, encabezada por Estados Unidos con falsos pretextos y sin el aval del Consejo de Seguridad de la ONU, pretendía dar lugar a un *nuevo Oriente Medio* destruyendo la dictadura de Saddam Husein. Los estadounidenses decidieron invadir Irak no para preservar el orden existente, sino para derrocarlo. Esta estrategia se basaba en el enfoque neoconservador denominado *destrucción creativa*. En realidad, la invasión estadounidense provocó un cambio fundamental en el poder del Estado, que pasó de la minoría suní a la mayoría chií. El nuevo Gobierno iraquí, liderado por los chiíes y proiraníes, marginó a la comunidad suní al defenestrar a todos los oficiales y funcionarios suníes vinculados al Partido Baaz.

El fin del régimen de Saddam Husein supuso la aparición de la mayoría chií como nueva fuerza motriz de Irak. Esta evolución tuvo tres consecuencias importantes: 1) la fragmentación de Irak entre tres fuerzas enfrentadas (los kurdos, los suníes y los chiíes), con su consiguiente desestructuración como país; 2) el reforzamiento del control iraní sobre el Gobierno iraquí y la proyección del papel de Irán como nuevo *hegemón regional*; y 3) el surgimiento de movimientos yihadistas en el seno de los marginados y enfurecidos suníes iraquíes que luchan tanto contra los estadounidenses como contra la población chií y el régimen iraquí.

Como resultado de todo lo anterior, el *equilibrio de poder* en Oriente Medio quedó profundamente trastocado. Egipto quedó relegado a la insignificancia. Mientras tanto, Arabia Saudí se sintió indignada por las consecuencias de la invasión de Irak, ya que inclinó la balanza de poder en la región a favor de Teherán. La monarquía saudí, tradicionalmente conocida por su diplomacia tranquila, se puso nerviosa y sintió que si el activismo de Irán se dejaba sin control en Líbano, Siria, Irak o incluso Gaza, entonces podría amenazar a Arabia Saudí en su propio patio trasero utilizando a la minoría chií saudí en la región oriental, rica en petróleo, o a los rebeldes Huthi de Yemen en su frontera sur. Por lo tanto, Arabia Saudí tomó la decisión de elevar su perfil y llevar la iniciativa para revertir la nueva influencia adquirida por Irán, reuniendo a los *países hermanos suníes* para contrarrestar el llamado *eje de resistencia* de Irán.

Arabia Saudí dio apoyo financiero y militar a los grupos tribales suníes iraquíes contra su propio gobierno, al tiempo que Riad competía con Teherán y Damasco en todo Oriente Medio. Eso quedó claro en Líbano con el asesinato, el 14 de febrero de 2005, del primer ministro Rafiq Hariri, protegido de Arabia Saudí, en lo que probablemente fue una respuesta siria a lo que consideró como intromisión saudí en su zona de influencia. Sin embargo, ese magnicidio fue contraproducente: Siria se vio obligada a retirar sus tropas de Líbano en abril de 2005. Su aliado Hezbolá se enzarzó en una guerra con Israel en el verano de 2006 como parte del gran juego geopolítico regional. Desde entonces, Líbano sigue sumido en la inestabilidad y en la división sectaria.

En el frente israelo-palestino, las cosas no iban mejor. El fracaso de las negociaciones de Camp David (julio de 2000), la segunda intifada (octubre de 2000), la reocupación de ciudades palestinas por el ejército israelí (2002-2004) y la muerte de Yaser Arafat

(2004) echaron más leña al fuego de Oriente Medio. Los palestinos perdieron la esperanza en el proceso de paz defendido por Arafat. En las elecciones palestinas de 2006, el Movimiento de la Resistencia Islámica, Hamás, obtuvo la mayoría de los escaños del Parlamento. Estados Unidos y la UE, que enviaron observadores a las elecciones palestinas, fueron sorprendidos. Se pusieron del lado de Israel boicoteando a los ganadores e imponiendo a Hamás condiciones que nunca se impusieron a Israel. Esto condujo al aislamiento de Hamás y a su radicalización. Tras hacerse con el control de Gaza en 2007, Hamás se describió a sí misma como la *auténtica resistencia*, lo que desencadenó cuatro ofensivas destructivas israelíes en los últimos 14 años (2008, 2012, 2014 y 2021) que provocaron la destrucción de grandes partes de Gaza y la muerte de miles de civiles palestinos y decenas de civiles israelíes.

La Autoridad Palestina siguió controlando Cisjordania. Se mantuvo a flote gracias a la ayuda internacional con la condición de que se atuviera al proceso de paz, que renunciara a cualquier forma de resistencia y que se coordinara con Israel en cuestiones de seguridad. De forma indirecta, la ayuda internacional que recibía estaba cubriendo parte del coste de la ocupación, sin ningún dividendo para los palestinos. El presidente de la Autoridad Palestina, Mahmud Abbas, no tenía nada que ofrecer a su pueblo, salvo un largo proceso sin paz y promesas vacías de que la UE reconocería un Estado palestino *a su debido tiempo*. Mientras tanto, Israel continuaba con su política de asentamientos, haciendo que la *solución de dos Estados* fuera un mero ejercicio de fantasía. Tal paradoja alimentó más descontento y frustración entre la juventud árabe y constituyó otro caldo de cultivo para el sentimiento antiamericano e incluso antioccidental.

En la primera década del siglo XXI, la balanza se inclinaba a favor de los movimientos de motivación religiosa en Palestina y en otros lugares. Tras su victoria en las elecciones palestinas de 2006, Occidente incluyó a Hamás en la lista de organizaciones terroristas. Irán aprovechó la oportunidad para intervenir en apoyo del movimiento palestino condenado al ostracismo, en una muestra de solidaridad con un movimiento de resistencia suní y dejando en evidencia la falacia de la tesis de la *media luna chií*. Más tarde, Doha también ofreció ayuda financiera a la asediada Franja de Gaza, desencadenando una enfurecida reacción de qArabia Saudí y Egipto que culminó con el bloqueo a Qatar en 2017. Una prueba más del colapso del sistema regional árabe.

De la euforia del *despertar árabe* a la dura realidad de la transición (2011-2022)

La autoinmolación como forma de expresar desesperación y rabia es un fenómeno que viene de lejos en el sur del Mediterráneo. No responde a motivaciones religiosas y no tiene nada que ver con el fenómeno *kamikaze* que implica a alguien que se suicida para matar a otros. La autoinmolación del vendedor ambulante tunecino Mohammad Bouazizi el 17 de diciembre de 2010 desencadenó un enorme *tsunami* político en todo el mundo árabe, con consecuencias políticas y sociales duraderas. Dos motivos explican lo ocurrido. En primer lugar, el estallido de las revueltas árabes está íntimamente ligado a los importantes cambios sociales que se venían produciendo en el mundo árabe en las tres décadas anteriores (educación de los jóvenes, urbanización, tendencias demográficas, empoderamiento de la mujer, transformación de la familia, etc.). En segundo lugar, el panorama social, económico y político del mundo árabe se volvió tan insostenible a finales de 2010 que una simple chispa podía incendiar la región. La inmola-ción de Bouazizi fue precisamente esa chispa.

La conexión entre el autoritarismo de los regímenes y la injusticia social constituyó el verdadero catalizador de las dos olas de revuel-tas árabes (2011 y 2019). Va más allá del alcance de este capítulo identificar los principales motores de dichas revueltas populares, sus resultados y las particularidades de los procesos de transición. Sin embargo, es necesario hacer las siguientes consideraciones:

- 1) La mayoría absoluta de poblaciones árabes comparten, en diversos grados, los mismos problemas y desafíos: aumentos alarmantes del desempleo entre la juventud educada, crecimiento de la desigualdad, aumento de la deuda externa, corrupción extendida, economía disfuncional y sistemas políticos cerrados y autoritarios, entre otros desafíos. A pesar de ello, los puntos de partida son diferentes, los caminos recorridos son diversos y los resultados de los movimientos de protesta varían.
- 2) En los países árabes en los que sus dirigentes políticos fueron cuestionados, destituidos o asesinados, los procesos de salida del autoritarismo y de transición hacia la democracia resultaron ser complejos, accidentados, no lineales e impre-visibles. Muchos obstáculos en el camino frenaron el progre-so o desviaron el desarrollo político.

Aunque no sea un país propiamente de Oriente Medio, Túnez representó durante una década *el paradigma de la revolución feliz*. Entre 2011 y 2021, este país norteafricano ofreció un modelo de transición a través de la negociación, la búsqueda de consensos y la transacción de las élites que reflejaba una vibrante presión de la sociedad civil y la ausencia de saboteadores regionales o internacionales. Eso propició que Túnez experimentara la alternancia pacífica en el poder, algo nada común en su entorno geopolítico. Sin embargo, el estancamiento económico, las escasas perspectivas de mejoras sociales y la ausencia de reformas de gran calado llevaron a la población tunecina en octubre de 2019 a elegir un presidente, Kais Saied, sin experiencia política pero muy crítico con el sistema. Por desgracia, la transición democrática tunecina se vio truncada en julio de 2021 con el autogolpe de Estado que dio el presidente Saied. En los meses posteriores, el nuevo autócrata tunecino concentró los poderes del Estado en sus manos y atacó las libertades civiles en medio de una acuciante crisis económica y social.

En otros países, las incipientes transiciones democráticas fueron bloqueadas, desbaratadas o secuestradas. En Egipto, el Gobierno del primer presidente elegido democráticamente (2012) y perteneciente a los Hermanos Musulmanes, Mohammad Morsi, parecía más obsesionado por las cuestiones de la identidad religiosa que por los retos más urgentes del desarrollo económico y el desempleo juvenil. Tras tan solo un año en la presidencia del país, las Fuerzas Armadas expulsaron a los Hermanos Musulmanes del poder, etiquetando a todo el movimiento como *organización terrorista*, provocando centenares de muertos y condenando a la pena capital a muchos de sus integrantes. Tras un breve paréntesis de dos años, desde 2013 volvieron a Egipto las tácticas opresivas y un autoritarismo robustecido, provocando una mayor polarización social. Los partidos laicos y los activistas prodemocracia tampoco se libraron de la represión a gran escala.

Por su parte, Siria se ha convertido desde 2011 en un escenario de múltiples conflictos bélicos superpuestos, impulsados por competidores regionales e internacionales que libran guerras por delegación que no tienen nada que ver con el impulso de la democracia. El país ha sufrido una enorme devastación, provocada sobre todo por el régimen de Bashar al-Asad y sus aliados rusos, iraníes y libaneses de Hezbolá, así como por los movimientos rebeldes y las organizaciones terroristas que se alimentaron de la brutalidad del régimen y de apoyos externos. Tras una década de

conflicto, la población de Siria está diezmada, desplazada interna o refugiada fuera de su país. Es una sociedad fragmentada según divisiones sociales, religiosas y étnicas. Estas divisiones están fomentadas por el régimen para buscar su propia supervivencia. Tanto el ejército como los brutales servicios de inteligencia están dirigidos por la minoría alauí —con la complicidad de algunos funcionarios, oficiales y empresarios cristianos y suníes cooptados— y representan la columna vertebral del régimen.

El largo conflicto en Siria ha provocado oleadas de desplazados internos sin precedentes, así como de refugiados en los países vecinos y más allá. Jordania ha capeado el temporal político y, por el momento, el rey ha conseguido calmar el descontento con promesas de luchar contra el mal gobierno y la corrupción. Sin embargo, el malestar social bulle bajo la superficie en un contexto de creciente fragilidad económica y de erosión de los servicios públicos. Por su parte, Líbano está sintiendo la mordedura de los estragos regionales y se enfrenta a descomunales retos internos en un contexto de colapso financiero, hiperinflación y erosión estatal, provocado por la situación en el vecindario y por la cleptocracia extendida entre sus élites políticas.

Los Estados del Golfo no han sido inmunes a la dinámica perturbadora de Oriente Medio. Bahrein se vio sacudido por protestas internas y tuvo que recurrir a la protección de las monarquías vecinas para acabar con las movilizaciones sociales de su mayoría chií. Otros Estados del Golfo se apresuraron a comprar paz social con aumentos salariales y paquetes de subsidios. En Libia, las esperanzas iniciales de dejar atrás la dictadura de Muammar Qaddafi tras su derrocamiento se vieron frustradas por la incapacidad de las fragmentadas fuerzas políticas y sociales de fijar unas reglas del juego aceptables y legítimas, así como por los apoyos externos a las milicias armadas enfrentadas que se aprovechan de la economía de guerra. Yemen, por su parte, sufre las devastadoras consecuencias de lucha por el poder entre facciones yemeníes tras la caída del dictador Ali Abdalá Saleh y de las intervenciones militares de países del Golfo (Arabia Saudí, Emiratos Árabes Unidos e Irán), que han convertido a Yemen en un escenario más de sus guerras regionales por delegación.

En definitiva, las transiciones para abandonar el autoritarismo resultan ser una tarea ardua e incluso reversible, con riesgos reales debidos a la inexperiencia, la confiscación de las protestas por parte del Ejército y el antiguo régimen o el auge de fuerzas antidemocráticas y antiliberales. Ha quedado claro que, a pesar

de la euforia inicial, nadie puede predecir el resultado a corto y medio plazo de las sucesivas olas del *despertar árabe*. Existe un grave riesgo de que se intensifique el autoritarismo (Egipto), el caos (Libia) o la desintegración (Yemen). Pero, a largo plazo, la democracia no está abocada al fracaso porque la actual juventud árabe es más consciente de sus derechos y está cansada de un sistema estatal árabe atrincherado en el neopatrimonialismo, las prácticas antiliberales, la corrupción, la depredación de los recursos nacionales y el incumplimiento del *contrato social* por parte de los regímenes.

La geopolítica del *despertar árabe*

Las dinámicas regionales en Oriente Medio se han visto alteradas por las incertidumbres políticas derivadas del *despertar árabe*. Los cambios en los equilibrios de poder desencadenados por la invasión de Irak en 2003 se vieron intensificados. Mientras Egipto seguía enredado en sus propias contradicciones y polarizaciones e Irak y Siria se sumían en el caos, Irán elevaba su perfil ante el desconcierto de los Estados árabes del Golfo, y principalmente de Arabia Saudí.

Arabia Saudí consideró las revueltas antiautoritarias como un desafío a la estabilidad regional. El reino presionó a Estados Unidos para que protegiera a su aliado egipcio, Hosni Mubarak, cuando se inició la revuelta contra él en 2011, y se enfureció por el apoyo de Qatar a los manifestantes egipcios y, posteriormente, a los Hermanos Musulmanes. Era evidente que los saudíes se sentían vulnerables. Esto llevó a un cambio de su tradicionalmente cautelosa y conciliadora política exterior y regional hacia una afirmación más nítida de sus objetivos: la supervivencia del régimen, la estabilidad regional y mantener a Irán a raya.

El primer objetivo era prevenir el malestar social. Para ello se movilizaron inicialmente más de 120.000 millones de dólares para la creación de empleo y para el pago de subsidios y ayudas sociales. Esa cantidad de dinero es enorme, pero el método es antiguo. En todos los países del Golfo, donde el poder se concentra en manos de las familias gobernantes, los beneficios materiales se han intercambiado tradicionalmente por derechos políticos. Es una especie de *contrato social no escrito*: el Estado distribuye los recursos y la población calla y no pide cuentas. Esta es la esencia del sistema político patrimonial. El Estado tiene el monopolio de las rentas del petróleo y del gas y la población tiene derecho a ser

atendida de diferentes formas: ausencia de impuestos, provisión de puestos de trabajo en el sector público, renta de nacionalidad (a través del sistema de patrocinio conocido como *kafala*), diferentes subsidios y acceso gratuito a la educación y la sanidad.

El segundo objetivo era preservar la estabilidad regional. El cambio democrático es visto como una amenaza para la supervivencia de las familias gobernantes. Esto explica por qué Arabia Saudí y Emiratos Árabes Unidos enviaron sus tanques para proteger al rey de Bahrein en 2011, y por qué prestaron apoyo inmediato al mariscal Abdelfatá al-Sisi en Egipto cuando derrocó al presidente Morsi el 3 de julio de 2013 y declaró a los Hermanos Musulmanes como «organización terrorista».

El tercer objetivo consistía en contrarrestar el activismo iraní en la región. Muchos comentaristas sostienen que el sectarismo es el principal motor de las políticas exteriores saudí e iraní. Tal argumento no es fiel a la realidad. Lo que ocurre en Oriente Medio es una lucha por el liderazgo y el poder a través de aliados indirectos. El apoyo saudí a la monarquía bahreiní, a los suníes iraquíes y a la rebelión siria debe ser visto no a través del prisma confesional (suníes frente a chiíes), sino a través del prisma de los juegos de poder. Al fin y al cabo, Arabia Saudí y Emiratos no apoyan a Hamás en Palestina —un partido musulmán suní— mientras que el Irán chií sí lo hace, y consideran a los Hermanos Musulmanes —también un movimiento suní— como un enemigo existencial.

Cuando Arabia Saudí se sentía fuerte y seguro en los años 70, Irán no se percibía como una amenaza y no se hablaba de división entre suníes y chiíes. Pero la invasión estadounidense de Irak en 2003, la guerra entre Hezbolá —apoyado por Irán— e Israel en 2006 y el acuerdo nuclear con Irán alcanzado en 2015 aumentaron la sensación de vulnerabilidad del reino saudí. La caída de su aliado egipcio, Mubarak, se percibió como otro revés. Los saudíes perdieron la confianza en Estados Unidos como garante de su seguridad. En cambio, Irán se mostró más desafiante en Irak, Siria, Líbano, Yemen e incluso en Gaza.

Por eso Siria se convirtió en un país tan crucial para Arabia Saudí, que se marcó como objetivo derrocar el régimen proiraní de al-Asad. Once años más tarde, eso no ha ocurrido ya que Rusia e Irán han impedido la caída de ese régimen aliado. La operación militar en Yemen iniciada por Arabia Saudí en marzo de 2015 contra los rebeldes huthi fue presentada por las autoridades

saudíes como una intervención cuyos objetivos se alcanzarían en unas pocas semanas. Siete años más tarde, eso no ha ocurrido y la guerra continúa con su inmenso coste humano, económico y reputacional. Aquí radica el problema: el activismo saudí parece infructuoso. Ha quedado claro que Arabia Saudí no está en condiciones de dirigir los acontecimientos en la región, a pesar de su enorme gasto en defensa. Sus aliados árabes no son fiables, o son demasiado débiles. Además, su tradicional aliado estadounidense ha tenido una actitud errática, en función de quién ocupaba la Casa Blanca.

Con la inestabilidad regional disparada, ningún otro país árabe estaba en condiciones de asumir el papel de Arabia Saudí y conducir los acontecimientos en la región. La hiperactividad de Emiratos Árabes Unidos en términos diplomáticos, económicos y militares en los distintos dossieres y conflictos regionales (Yemen, Libia, Siria, Egipto, etc.) tendría como objetivo asumir ese papel de actor regional imprescindible. Sin embargo, la enorme inversión realizada parece más encaminada a demostrar presencia que a conseguir resultados. En consecuencia, el *nuevo Oriente Medio* posterior al *despertar árabe* no está siendo impulsado por los Estados árabes, sino por Estados no árabes: Irán, Turquía e Israel, cambiando la geopolítica regional de un sistema de Estados árabes a uno de Estados mediorientales.

Aunque Israel se beneficia de la actual agitación en la región árabe, su capacidad para ser un impulsor de los acontecimientos es limitada. Por el contrario, Turquía ha sido un actor principal desde comienzos del actual siglo. Su cambio de política comenzó a finales de los años 90, pero se hizo evidente tras las elecciones de 2002 que auparon al poder al Partido de la Justicia y el Desarrollo (AKP), la formación del presidente Recep Tayyip Erdogan. No solo Turquía se volvió más asertiva al oponerse a la invasión estadounidense de Irak en 2003, negando el uso de sus bases militares para ese fin, sino que también reafirmó su aspiración de convertirse en un centro regional en lugar de seguir siendo un simple corredor para los flujos de energía. Tendió la mano a los Estados árabes y obtuvo importantes beneficios económicos.

El *despertar árabe* tensó la relación entre Turquía y los principales Estados árabes como Egipto, Arabia Saudí y Emiratos Árabes Unidos. De hecho, al prestar su apoyo abierto y alentar a los Hermanos Musulmanes en Egipto y en otros lugares, Turquía se enemistó con los actuales dirigentes egipcios, saudíes y emiratíes. Su política exterior de *cero problemas con los vecinos* se

ha transformado en *cero vecinos sin problemas*. Sin embargo, Turquía sigue decidida a no dejarse superar por Irán ni por el eje Israel-Grecia-Chipre, y sigue aspirando a ser un actor principal en el Mediterráneo Oriental y en Oriente Medio.

En esta competición de juegos de poder, los Estados árabes parecen carecer de timón y de iniciativa. Peor aún, los árabes están divididos entre los que prefieren la estabilidad al cambio y los que creen en un cambio democrático gradual. No es de extrañar, por tanto, que los actores no estatales hayan hecho una sonora aparición en Oriente Medio durante la última década. De hecho, un fenómeno como el autoproclamado Estado Islámico (también conocido como Daesh, ISIS o ISIL) es mucho más el producto de la erosión de los Estados árabes que el producto del sectarismo.

Alianzas cambiantes en una era de imprevisibilidad e incertidumbre

Actores no estatales como síntoma de incoherencias

La toma por parte de la organización terrorista, autoproclamada como Estado Islámico, en junio de 2014, de la ciudad de Mosul y de amplias franjas del territorio iraquí y sirio cogió a la opinión pública mundial por sorpresa. Sin embargo, numerosos observadores ya lo venían advirtiendo. Desde la invasión estadounidense de Irak, esa organización extremista, originalmente una filial de al-Qaeda, estaba en alza. Fue responsable de miles de atentados contra las tropas estadounidenses, los militares iraquíes y la población civil, principalmente la población chií de Bagdad. Se presentó como el abanderado de la comunidad suní, que estaba siendo duramente castigada por el Gobierno central controlado por partidos chiíes.

Tras la indecorosa retirada y repliegue del ejército iraquí de Mosul y sus alrededores ante el avance del autoproclamado Estado Islámico, los yihadistas se hicieron con el control de un amplio territorio en el norte de Irak, incluidos arsenales de armas, depósitos bancarios e incluso instalaciones petrolíferas. Esta organización también ocupó zonas del norte de Siria, estableció un *califato* basado en su interpretación extremista de la *sharía* (ley islámica) y Abu Bakr al-Bagdadi se autoproclamó nuevo califa. Ese proyecto ideológico aspiraba a eliminar las fronteras surgidas del Acuerdo de Sykes-Picot de 1916, ocupar otros territorios e integrarlos en ese supuesto califato.

El autoproclamado Estado Islámico fue derrotado en el terreno militar, y las ciudades de Mosul y Raqqa fueron liberadas por la acción de una coalición militar internacional, encabezada por Estados Unidos, y por la batalla dada por fuerzas iraquíes y milicias principalmente kurdas. Pero esa coalición suscitó muchas dudas en cuanto a su coherencia, eficacia y alcance. De hecho, estuvo plagada de contradicciones:

- 1) Estados Unidos insistió en la integridad territorial de Irak, pero al armar, equipar y entrenar a tropas kurdas allanó el camino para su independencia efectiva. Este es un escenario de pesadilla no solo para Irak, sino también para Irán y Turquía. Un Kurdistán independiente puede alimentar una gran guerra sectaria en Irak que, sin duda, se extendería a toda la región. No es de extrañar que Irak, Turquía e Irán se unieran en 2017 para invalidar el referéndum kurdo de independencia y obligar al presidente del Kurdistán iraquí, Masud Barzani, a dejar el poder.
- 2) Después de haber apoyado a las Fuerzas Democráticas Sirias (FDS), dirigidas por la milicia kurda YPG, para luchar contra el autoproclamado Estado Islámico, el presidente de Estados Unidos, Donald Trump, las abandonó de forma abrupta en octubre de 2019. Su decisión de retirar a las tropas estadounidenses del norte de Siria para permitir una ofensiva militar de Turquía contra las posiciones kurdas fue vista como una traición a unos aliados que fueron decisivos en la derrota de la organización yihadista. La ruptura unilateral de esa alianza que duraba cinco años fue criticada por mandos militares estadounidenses y supuso una muestra más de la errática política exterior de Trump.
- 3) La lucha contra el autoproclamado Estado Islámico condujo objetivamente a una confluencia de intereses entre Occidente e Irán al luchar contra un mismo enemigo. Esa cooperación *de facto* tensó las relaciones entre Estados Unidos y Arabia Saudí durante el mandato del presidente Barack Obama. Esa tendencia cambió con la llegada a la Casa Blanca del presidente Donald Trump, quien realizó su primera visita oficial al extranjero a Arabia Saudí en mayo de 2017 para sorpresa de propios y extraños.
- 4) Estados Unidos esperaba que Turquía, como país miembro de la OTAN, se implicara directamente en la guerra contra el autoproclamado Estado Islámico. Pero, en este asunto, los intereses turcos y occidentales chocaron abiertamente. Mientras Occidente daba poder a los kurdos de Siria e Irak,

Turquía estaba más obsesionada con el nacionalismo kurdo que con la amenaza del autoproclamado Estado Islámico. La lucha por el control de Kobane (Ain el-Arab) fue una buena muestra de las prioridades turcas: luchar contra el Partido de los Trabajadores de Kurdistán (PKK) y derrocar el régimen de al-Asad. Obviamente, Turquía no estaba dispuesta a dejar de lado sus objetivos nacionales para ayudar a conseguir los objetivos estadounidenses.

- 5) En la cuestión del régimen sirio, Occidente no mostró una estrategia coherente. La Administración Obama, a pesar de las presiones árabes, se mantuvo al margen del atolladero sirio. Pero, a medida que la crisis siria se iba pudriendo sin ninguna salida a la vista, Siria se convirtió en el refugio del autoproclamado Estado Islámico y de otros grupos radicales, precisamente los que la coalición liderada por Estados Unidos acabó bombardeando. Así que Occidente quedó atrapado en una contradicción: su estrategia vacilante contribuyó al aumento de movimientos extremistas contrarios al régimen sirio, a los que luego tuvo que bombardear. Esto condujo a una confluencia de intereses indirecta con el régimen de al-Asad, cuyo derrocamiento ya no era exigido por Occidente.
- 6) La incoherente estrategia occidental ofreció a la Rusia de Vladimir Putin una oportunidad de oro para elevar su perfil y reafirmarse como un actor importante en el juego de las potencias de Oriente Medio. Siria ofreció a los rusos la oportunidad de mostrarse como un actor internacional con un estatus de gran potencia y con derecho a sus *zonas de influencia*, que no pueden ser ignoradas ni importunadas por Occidente. Al desplegar sus tropas, su aviación y sus sistemas de radar en Siria, los rusos trataron de disuadir los intentos occidentales de imponer una zona de exclusión aérea en el norte del país o de cambiar su régimen. Así, Putin no solo impidió el colapso total del régimen sirio, inclinando la balanza de poder a su favor, sino que también estableció una base naval permanente en Tartús y una base aérea en Hmeimim. Con ello, Rusia llenó el vacío político dejado por la Administración Obama y, posteriormente, patrocinó un proceso político, tanto en Astana como en Sochi, donde las potencias occidentales fueron invitadas como *observadores*. La invasión de Ucrania ordenada por Putin en febrero de 2022 no se puede entender sin los precedentes de lo ocurrido en Siria desde septiembre de 2015.

La percibida retirada de Estados Unidos

Durante dos décadas tras la caída del Muro de Berlín, la estructura del sistema internacional fue unipolar. La hegemonía estadounidense marcó la elección de alianzas tanto de sus aliados como de sus adversarios. Sin embargo, tras la desastrosa ocupación de Irak, iniciada en 2003, esa claridad se convirtió en confusión. Desde la llegada de Obama a la Casa Blanca en 2009 con el mandato de no arrastrar a Estados Unidos a más guerras en Oriente Medio, se hizo cada vez más presente la idea de que estaba teniendo lugar una retirada estadounidense de esa región. Esa percepción se acentuó tras la incapacidad mostrada por Obama de hacer respetar su *línea roja* cuando se utilizaron armas químicas en Siria en el verano de 2013. Eso se sumaba a la inquietud que generó entre los dirigentes árabes el hecho de que Washington dejara caer a su aliado egipcio Mubarak al poco de iniciarse la revuelta contra su régimen a principios de 2011.

Sin embargo, lo que más angustia generó entre los aliados tradicionales de Estados Unidos en Oriente Medio y el Golfo Pérsico fue la decisión de Obama de negociar un acuerdo con Irán sobre su programa nuclear, junto con los otros cuatro miembros permanentes del Consejo de Seguridad más Alemania. La firma en julio de 2015 de un acuerdo con el régimen de Teherán, conocido como Plan de Acción Integral Conjunto (JCPOA, en sus siglas en inglés), fue el hecho determinante que llevó a varios dirigentes árabes a buscar alianzas alternativas a la estadounidense para garantizar su seguridad.

El auge de Rusia como potencia capaz de proyectar poder en Oriente Medio también se debió a un cambio de percepciones. Moscú se presentó como proveedor de armas, apoyo militar y salvavidas fiable para regímenes autoritarios, actuando de forma oportunista para socavar las alianzas de Estados Unidos y proyectar influencia sin necesidad de comprometer sus propios recursos materiales y militares más allá del caso sirio. China, por su parte, vio con muy buenos ojos que los líderes mediorientales pivotaran hacia Asia buscando asegurar sus intereses económicos. Resulta paradójico que el estrechamiento de lazos entre los regímenes árabes y China generara menos recelos en Washington que los contactos con Rusia, a pesar del mayor impacto a largo plazo de las alianzas sino-árabes.

El declive del poder de Estados Unidos percibido por algunos regímenes árabes no se correspondía con un debilitamiento de su

poder material. Estados Unidos supera con diferencia a todos sus posibles rivales en términos de capacidad y gasto militar, y mantiene una amplia presencia de bases y alianzas militares a lo largo y ancho de la región. No obstante, dicha percepción del declive estadounidense se debía a su incapacidad de alinear objetivos y recursos en lugares como Irak y Afganistán, así como a su decisión de no intervenir decisivamente para alterar el *statu quo* en lugares como Siria. A pesar de eso, Estados Unidos ha seguido ampliando bases militares en la región, incluida la mayor de todas que está en territorio qatarí. A pesar de las intervenciones militares rusas y de la diplomacia económica china, a día de hoy Estados Unidos no tiene un competidor sistémico real en la región.

La incapacidad estadounidense de alcanzar los objetivos que perseguía en distintos lugares de la región alimentó la percepción de su debilidad. Eso, a su vez, elevó las dudas entre distintos actores regionales acerca de las intenciones y capacidades de Washington, lo que les llevó a actuar cada vez más de forma independiente y asumiendo mayores riesgos. Eso se ha visto claramente en el caso de los hombres fuertes de Arabia Saudí y Emiratos Árabes Unidos, los herederos Mohammed bin Salmán y Mohammed bin Zayed, respectivamente.

Las incertidumbres no hicieron más que aumentar con la llegada de Trump a la Casa Blanca en 2017. Su inusual estilo de hacer política exterior, plagado de incoherencias, hizo que las políticas de Washington fueran menos previsibles, lo que llevó a un aumento de las tensiones regionales. El *factor Trump* dejó su huella en Oriente Medio con la retirada unilateral estadounidense del acuerdo nuclear con Irán en mayo de 2018 y con el restablecimiento de sanciones, a pesar de que el Organismo Internacional de Energía Atómica (OIEA) había certificado que Irán cumplía con los términos principales de lo pactado. Ese abandono del acuerdo fue un duro golpe a la diplomacia multilateral y arrojó serias dudas sobre la confiabilidad de cualquier compromiso estadounidense en el futuro, lo que ha condicionado la renegociación del acuerdo nuclear por parte de la Administración del presidente Joe Biden.

También el *factor Trump* quedó patente en el bloqueo impuesto a Qatar en junio de 2017 por parte de Arabia Saudí, Emiratos Árabes Unidos, Bahréin y Egipto, días después de la fastuosa visita de Trump a Riad. Las señales que procedían de Washington mostraban una política errática, con el presidente tuiteando a

favor del bloqueo, mientras el Pentágono y el Departamento de Estado se mostraban contrarios debido al interés estratégico estadounidense de mantener una unidad dentro del Consejo de Cooperación del Golfo frente a Irán. Llama la atención que esa crisis concluyera en enero de 2021 cuando a Trump le quedaban pocos días en el cargo de presidente.

Búsqueda de alternativas de seguridad y alianzas cambiantes

Si en algo ha dejado su huella la presidencia de Trump, ha sido en los acuerdos de normalización entre Israel y cuatro países árabes (Emiratos Árabes Unidos, Bahréin, Sudán y Marruecos), eufemísticamente llamados *Acuerdos de Abraham*. Aunque esos acuerdos, alcanzados en 2020 bajo el patrocinio del entonces presidente Trump, fueron presentados como acuerdos de paz, se han de entender como transacciones en clave securitaria y económica. Para Emiratos Árabes Unidos los objetivos eran conseguir apoyo militar y de inteligencia israelí contra Irán, intercambiar inversiones y acceder a alta tecnología para desarrollar su economía postpetróleo. En el caso de Sudán, la normalización de relaciones con Israel fue la condición impuesta por Washington para retirarlo de la lista de países patrocinadores del terrorismo y para recibir ayuda económica. Marruecos, por su parte, decidió formalizar su relación con Israel de forma pública a cambio de que Trump reconociera unilateralmente la soberanía marroquí sobre el territorio en disputa del Sáhara Occidental, cosa que hizo en diciembre de 2020, pocas semanas antes de dejar el cargo de presidente.

Los acuerdos de normalización con Israel alcanzados hasta la fecha —y los que puedan anunciarse en el futuro con otros países árabes (Arabia Saudí, Omán, etc.)— son intentos de llenar el vacío real o percibido que deja Estados Unidos en Oriente Medio en términos de poder militar. Esa sensación de vacío se vio acentuada con la desordenada retirada estadounidense de Afganistán en el verano de 2021. Estados Unidos invadió ese país en 2001 para acabar con el régimen de los Talibán, y se retiró tras dos décadas de ocupación y un gasto de más de 2,26 billones de dólares dejando en el poder a un régimen Talibán. Sin embargo, la firma de los acuerdos de normalización entre Israel y algunos países árabes han conducido a una mayor beligerancia, como demuestran los ataques de los rebeldes Huthi de Yemen —aliados de Irán— contra territorio emiratí a principios de 2022.

Una característica del *nuevo Oriente Medio* sin sistema regional es la proliferación de alianzas cambiantes, donde los aliados en un escenario de conflicto son enemigos en otro, y donde actores tradicionalmente enemistados hacen frente común en asuntos puntuales sin llegar a formar una alianza. Asimismo, países que durante años se han profesado animadversión y cuyas posiciones regionales parecían irreconciliables, de repente reestablecen contactos políticos, intercambian visitas oficiales e incluso firman grandes acuerdos económicos. Eso se vio a finales de 2021 y principios de 2022 con la aparente reconciliación entre Ankara y Abu Dhabi, el intercambio de visitas entre altos cargos emiratíes e iraníes, el deshielo de relaciones entre Turquía e Israel y los contactos diplomáticos entre Irán y Arabia Saudí en territorio iraquí. Falta por ver si toda esa actividad responde a taticismos de los distintos actores o si puede desembocar en una resolución de conflictos regionales y en la búsqueda colectiva de soluciones a los retos socioeconómicos, geopolíticos y climáticos que afectan a todo Oriente Medio.

Conclusiones

El panorama general en la región de Oriente Medio en 2022 es sombrío. Algunos Estados de la región se encuentran en pleno caos. Otros van camino de la polarización extrema o incluso de la fragmentación. En general, los regímenes árabes de Oriente Medio están luchando por contener el expansionismo iraní, por erradicar a los Hermanos Musulmanes, por socavar la dinámica del *despertar árabe* o simplemente por sobrevivir. Algunos siguen su propia agenda con una diplomacia hiperactiva. Otros intentan diversificar sus alianzas exteriores. A los retos de índole económica y social que ya existían a principios de 2020, hay que sumar las disrupciones causadas por la pandemia de covid-19 y por un contexto geopolítico mundial agitado. Todo ello está causando crecientes desequilibrios fiscales y macroeconómicos en el conjunto de Oriente Medio, lo que, a su vez, condiciona el presente y el futuro de las dinámicas geopolíticas regionales.

En este contexto, Rusia se ha presentado como un protector de los regímenes autoritarios y China ha elevado su perfil económico y geopolítico. Esto quedó claro en la crisis siria, donde protegieron *de facto* al régimen de al-Asad. Al hacerlo, China y Rusia superaron a la UE y a Estados Unidos y se posicionaron como aliados alternativos fiables e incluso, en el caso de Rusia, como

mecenas. La invasión de Ucrania ordenada por Putin en febrero de 2022 no se puede entender sin los precedentes de la implicación militar en Siria a partir de septiembre de 2015.

A pesar de que los Estados de Oriente Medio se enfrentan a nuevos retos en materia de seguridad, o a acentuados retos socioeconómicos y climáticos, no existe ningún enfoque colectivo sobre la construcción de un marco de seguridad regional, como ocurre en otras partes del mundo. Este fracaso a la hora de dejar de lado las cuestiones espinosas y concentrarse en la urgencia de una respuesta de seguridad colectiva será contraproducente, pues ha quedado demostrado que las amenazas a la seguridad regional no pueden tratarse con acciones militares localizadas. Debería ser bastante obvio que si los Estados de Oriente Medio reunieran una parte de sus fuerzas en una especie de arquitectura de seguridad regional, esto abriría drásticamente nuevos horizontes para una cooperación más amplia que tendría un impacto significativo en el futuro de la región y alejaría a sus jóvenes poblaciones de la desesperanza. Por el momento, los precedentes sugieren que anticipar ese escenario requiere de altas dosis de voluntarismo y fe.